

## **El cuerpo en la fugacidad**

*Laura Elisa Vizcaino*

La antología *Eros y afrodita en la minificción* es tan sustanciosa que del gran tema del erotismo se desprenden muchos otros aspectos, como los sueños, la masturbación, los animales, el incesto, la homosexualidad, el beso por sí mismo, la gula (que no podía faltar en un libro coordinado por Dina Grijalva), la muerte, la intertextualidad a obras clásicas, la importancia de la mirada, entre otros más con sus respectivos matices.

Dentro de estas aristas sobresale una constante muy evidente, pero que por evidente quizás no reparamos en ella. Se trata de la importancia del cuerpo. ¿Qué se dice del cuerpo en textos breves y de temática erótica? ¿Cómo se ubica el cuerpo del personaje para poder llegar a construir una micro-escena erótica? ¿Es necesario hablar del cuerpo para que un texto sea erótico? Sin afán de dar una respuesta concreta a cada una de estas incógnitas, comparto algunas reflexiones respecto al tema del cuerpo en esta antología.

En primer lugar, no todos los microrrelatos, aunque apunten hacia Eros, hablan explícitamente sobre el cuerpo. Quizá esto sólo está permitido en la brevedad literaria, donde las palabras sugieren, los espacios de indeterminación son enormes y unas cuantas imágenes bastan para tematizar el asunto erótico. Porque ¿qué pasaría en una representación visual como el teatro o el cine? Ahí el cuer-

po es el principal elemento de composición y en consecuencia se requiere su completo desarrollo.

Sin embargo, como en esta antología se trata de literatura sumamente breve, bastan unas cuantas palabras detonantes de la imaginación para que el cuerpo quede sugerido y su desenvolvimiento acontezca en la mente del lector. Como ejemplo, esta brevedad narrativa del autor mexicano Guillermo Samperio, de las primeras en abrir el abanico de microrrelatos en la antología: «El amor enciende el corazón y apaga la luz» (28). La simple idea de «apagar la luz» puede remitir a un ambiente erótico sin utilizar la palabra «cuerpo». El silencio que precede al texto es importante porque ahí se fraguan las imágenes sugeridas. Por lo que la brevedad literaria va bien con el erotismo: ambos se construyen de lo no dicho, de las sugerencias.

Ahora bien, en los microrrelatos donde el cuerpo sí es evidente, llaman la atención las distintas posturas físicas que éste puede tener. George Bataille señala que el hombre se siente orgulloso de su posición vertical, porque una posición horizontal, como la de los animales, lo haría sentirse avergonzado. Sin embargo, si la finalidad es construir una atmósfera erótica, la narración buscará mostrar el cambio de la posición vertical a la posición horizontal. En esta antología, muchos textos consisten en describir esa tensión o ese paso donde el cuerpo se recuesta. Incluso en varios ejemplos predominan algunas palabras como «cama» o «sábanas», exclusivas de un contexto donde el cuerpo está en una posición horizontal.

Sin embargo, hay otras posiciones diferentes y descritas también en varios momentos de la compilación. Por ejemplo, en «Manhattan y ron» de Gabriela Aguilera, los personajes están sentados en un bar, pero los dedos del protagonista masculino son los que se encargan de la atmósfera erótica. O bien, «Línea verde» de Yosa Vidal, donde un cuerpo femenino y un cuerpo masculino se encuentran de pie, en el metro, en un momento de hora pico que automáticamente empalma los cuerpos de manera vertical. Y al

hablar de posiciones corporales no podría faltar un microrrelato titulado «Kamasutra» de Carmen de la Rosa o la posición del «Atestado 69» por Maritzia Iriarte.

Otras veces da igual cómo esté el cuerpo posicionado, siempre y cuando haya una proximidad, ya sea con un cuerpo más o con uno mismo: como lo atestiguan nueve microrrelatos dedicados a la masturbación. Pero en ocasiones distintas, la proximidad sólo consiste en la tensión entre la movilidad y la inmovilidad corporal. No se trata de una pausa, sino de una exhalación a punto de inhalar. Una frase muy interesante de Carlos Herrera explica ese instante de tensión: «Eros está en la tensión del arco, no en la flecha» (192).

En muchos de estos microrrelatos no importa dónde dispare la flecha, sino el momento de tensión reflejado de manera evidente o quizá sugerido. A veces, esa tensión de la proximidad de los cuerpos se expresa en la manifestación de un deseo, como ocurre en «Lecciones de anatomía» de José Manuel Ortiz Soto, que desde el título deja al cuerpo implicado. El micro-deseo dice: «Quiero aprender y pasar contigo cada una de las partes de tu cuerpo» (77).

Por otro lado, resulta paradójico que cuando el cuerpo está presente de manera nítida se debe a la temática de la inmovilidad, reflejada en ciertos aspectos como la muerte, donde el cuerpo no es más que objeto, a pesar de ello, lo erótico no desaparece. En la antología hay cuatro microrrelatos donde la muerte toma la mano de Eros: «La excitación de los muertos» de Teresa Serván, «El celo» de Eva Díaz Riobello, «El jardín de Virgilio» de Agustín Monsreal y otro de Gabriela Aguilera: «Téngase presente», que por su brevedad citamos por completo:

Seré un montículo de cenizas y desearé quedarme detenida en tus labios, cautiva en tu lengua, prisionera en tu garganta. Querré ser condenada a permanecer en ti, cuando despojada de cuerpo, se levante la brisa y me haga volar hasta tu boca, obligándote a engullirme. (185)

Otro modo de inmovilidad del cuerpo está relacionado con las muñecas o los maniqués; estos objetos normalmente están asociados con lo siniestro, pues los acompaña esa línea sutil entre lo humano y lo sobrenatural: su cualidad estática siempre está a un paso de la movilidad. En esta compilación existen tres microrrelatos que incorporan al maniquí o a la muñeca con la atmósfera erótica: «Temporada otoño-invierno» de Paz Monserrat Reville, «El primer amor» de Zaida Soto y «Las visitadoras» de Martín Gardella; en este último se puede observar esa delgada franja entre lo siniestro y lo sensual, narrado desde una voz infantil, lo que aumenta todavía más la tensión con lo prohibido.

No siempre reparamos en ello, pero la movilidad o inmovilidad del cuerpo determinan el ambiente que construye lo erótico y, en ocasiones, pueden ir de la mano con lo mórbido, como ocurre en los casos anteriores o en «Del limbo al paraíso» de Alva Anid, donde el narrador devela en las últimas líneas que aquella mujer a la que ha estado tocando hasta acercarla al éxtasis y el placer se encuentra en un hospital en estado de coma. Estas narraciones sobre la inmovilidad son interesantes porque expresan los límites del cuerpo y cuestionan hasta qué punto el placer es posible.

Asimismo, el ritmo de movilidad corporal puede acrecentar el ambiente erótico, por ejemplo, si las acciones de los personajes se dilatan o se apresuran. Hay pocos microrrelatos donde los cuerpos están casi estáticos y su interés no es llegar al punto climático. Uno de ellos es de Raúl Brasca, se titula «El sexo como voluntad y representación» y sólo citaremos un párrafo para observar la lentitud del ritmo: «Repitieron el ejercicio dos veces sin que cambiara el compás de sus respiraciones ni el del vaivén mínimo del hombre. Satisfechos por el control alcanzado, se despidieron» (210).

Otra forma interesante de explorar el cuerpo en una narración con fines eróticos tiene que ver con una descrip-

ción cartográfica del mismo; es decir, observarlo no sólo como un objeto o instrumento de seducción, sino también como un camino que recorrer o un mapa que dibujar. Así ocurre en «Tránsitos» de Gabriela Aguilera, donde el mapa es marcado por lunares rojos, hasta que el conductor se estrella de cabeza entre las piernas de la narradora. Y «Tarde de estudio» de José Luis Lejárraga de Diego, donde cada parte del cuerpo es una lección de geometría y al final se promete un examen de geografía a partir del ombligo.

Las posibilidades que tiene el cuerpo para expresarse subrayan su importancia tanto en la literatura como en la cotidianidad. Concretamente, en la minificción, el tema erótico adquiere una peculiaridad, pues en el género breve los personajes, usualmente, «carecen de cuerpo», apenas están bocetados y muchas veces ni siquiera tienen nombre y menos identidad, no hay tiempo de delinearlos. Sin embargo, para construir una atmósfera erótica, su cuerpo debe estar presente, a veces de manera velada, sutil, otras de manera obvia pero, como sea, todos estos personajes, narradores y protagonistas que viven en la órbita de Eros se saben poseedores de un cuerpo que es el suyo y, si tienen suerte, también poseen el de alguien más.

Dina Grijalva (comp.) *Eros y afrodita en la minificción*. México: Ficticia, 2016.